

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

«BARCELONA 13 DE SETIEMBRE DE 1886»

NUM. 246

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DOLORES, dibujo de J. M. Marqués

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Biología*, por don J. Vilanova.—*El brujo de Alcornocal* (continuación), por don Juan Tomás Salvany.—*Un modelo de Voltaire*, por don Jaime Martí-Miquel.—*Claridades pulpítables* (conclusión), por don José María Sbarbi.

GRABADOS.—*Dolores*, dibujo de J. M. Marqués.—*Tadium vitae* fragmento de un cuadro pintado por E. Neide.—*Danza pírrica* dibujo de Alma Tadema.—*La canción de Guntram*, dibujo original de C. Gehrts.—*El último empeño*, cuadro de L. Aranda.—*El silencio de la naturaleza*, copias fotográficas de Mr. Wilson.

NUESTROS GRABADOS

DOLORES, dibujo de J. M. Marqués

El autor de este apunte se encuentra en buen camino y de seguro llegará a su término. Joven aún, ha conquistado bravamente el aplauso del público; pero en lugar de dormirse sobre sus laureles, dedícase incansable al estudio de la naturaleza. Trata pictóricamente diversos géneros, y en todos ellos progresa de una manera visible. Quizás produce demasiado: esto depende de la fogosidad juvenil: cuando, por dicha, se tienen pocos años, se hace abuso de fuerzas. Y sin embargo, nadie como el artista debiera reservar las suyas para cuando su imaginación, fortalecida por la observación y el estudio, es capaz de producir esas obras que conducen a la inmortalidad.

TAEDIUM VITAE,

fragmento de un cuadro pintado por E. Neide

Más de una vez hemos emitido nuestro parecer contrario a un exagerado realismo en el arte, y por lo mismo no perdonaríamos al pintor E. Neide el tético asunto en que se ha inspirado para el cuadro del cual reproducimos un bellissimo fragmento, si no hubiera dado en él pruebas de ser un artista aventajado. El tedio, el hastío de la vida está tan magistralmente expresado en los dos principales personajes de su lienzo, que unidos en estrecho abrazo y atados además uno á otro con fuertes ligaduras, parecen dispuestos á precipitarse á algún abismo para arrancarse una existencia insostenible, que no puede reprimirse un sentimiento de conmiseración á la vez que de horror al contemplarlos. Si este efecto produce un solo fragmento, ¿cuál no producirá el cuadro entero? Fuera de esto, el dibujo es magnífico, la interpretación acabada y el conjunto verdaderamente artístico.

DANZA PÍRRICA, dibujo de Alma Tadema

En la antigua Esparta calificábase con el nombre de *pírrica* cierta danza militar muy en uso entre los jóvenes, los cuales la ejecutaban vestidos con túnicas de color de escarlata y completamente armados. El pintor Alma Tadema, tan aficionado á reproducir en sus cuadros asuntos de la antigüedad griega y romana, de las cuales ha hecho un profundo estudio, ha demostrado una vez más en su *Danza pírrica* su innegable competencia en este género, así como la soltura de su lápiz comparable únicamente con su vigoroso colorido.

LA CANCIÓN DE GUNTRAM, dibujo de Gehrts

Es esta uno de los episodios más interesantes de la epopeya romántica de Kastropp «Enrique de Oosteringen.» Después que el hechicero Klingshor ha cantado la «canción de Lotos» en que el vicio triunfa de la virtud, Enrique entona «la canción de Guntram.» El rey Guntram, enamorado de una ondina, la lleva á su palacio, — á pesar de anunciarle ella que en vez de amor sólo puede llevarle la ruina, — y la presenta á los magnates del reino como esposa y futura reina. Sin hacer caso del descontento del pueblo, ni de las amonestaciones del obispo Benno, y á pesar de que la Virgen de la catedral gira sobre su altar y de que su anillo salta de su dedo roto en mil pedazos, la ondina pasa á ser esposa del rey. Sólo lo fué un día, sin embargo, pues á la primera noche Benno, al frente de sus adeptos asalta el castillo que fué sepulcro de la infortunada pareja.

¿Qué decir del artista encargado de reproducir las escenas más culminantes de la leyenda que en nuestro grabado están continuadas? Sólo podremos exclamar: ¡Feliz el poeta que logra en vida encontrar para sus creaciones un Homero del lápiz como es Carlos Gehrts!

EL ÚLTIMO EMPEÑO, cuadro de L. Aranda

Lleno de sentimiento, admirable de verdad, estudiado con inteligencia y ejecutado con cariño, el cuadro de Aranda que hoy publicamos es una nueva prueba de la justicia con que se le ha distinguido dondequiera que haya expuesto sus lienzos. El que tenemos á la vista, cuadro de género, es una concepción feliz, avalorada por un sin número de detalles ejecutados con verdadera maestría.

En el despacho de un notario, tan bien entendido que no parece sino que el artista haya sido pasante en la profesión de dar fe, una desvalida anciana y un joven necesitado de dinero, empeñan el último resto de su hacienda. ¡Cuánta tristeza y cuánta resignación en el semblante y en la actitud de esa mujer! ¡Qué pobreza tan noblemente soportada la del mancebo! ¡Cuánta naturalidad en la actitud del notario autorizante y cómo se destaca entre esos pobres de causal y de espíritu la figura y el traje del prestamista!... ¡Qué bien entendido agrupamiento! ¡Cuánta armonía en la composición toda! ¡Cuán bien calculado es el efecto del conjunto y con qué esmero se hallan tratados los detalles!... Parece este cuadro escena de comedia de Moratín ó de novela de Galdós; mas para pintar con éxito asuntos tales, se necesita estar en artes á la altura de aquéllos en letras.

EL SILENCIO DE LA NATURALEZA,

copias fotográficas del natural por Mr. Wilson

El aspecto de un país cubierto de nieve es lo que más vivamente despierta la idea del silencio y del sueño, no de la muerte, sino de la transfiguración. ¿Quién no ha reconocido que ningún pintor pudo expresar nunca la pureza, la fantasía, el sentimentalismo de semejante conjunto, tan delicado y tan sublime como imagen del reposo? En los paisajes de invierno del pintor, casi siempre hay alguna cosa que nos recuerde el interés humano, que nos dé la idea del calor y de la comodidad, como por ejemplo, el sol brillante entre enrojecidas nubes, ó el fuego de una hoguera lejana; y he aquí por qué rara vez encontramos en las obras del artista un conjunto que exprese en absoluto el frío, el silencio, la desolación y la nieve sin su elemento contrario, el fuego. Sin embargo, estos son los atributos inmutables.

Por medio de la fotografía se han representado muy bien ciertos efectos del paisaje de invierno, como se verá en los admirables trabajos de Mr. Wilson, de Aberdeen, algunos de los cuales reproducimos en nuestros grabados. Esas fotografías son particularmente notables por la suavidad del tono, y porque producen la verdadera impresión de la luz difusa que resulta de las superficies cubiertas de nieve. No llama menos la atención en dichos trabajos la admira-

ble naturalidad con que se representan los árboles, cuyas ramas se inclinan bajo el peso de aquélla.

Nuestras ilustraciones representan algunos paisajes bajo el aspecto más familiar que ofrecen á la vista durante los fríos de invierno. En la primera, cuyo título es «Abandonada,» vemos la carreta solitaria en medio del campo, verdadera imagen de la tristeza y la desolación; en la segunda y tercera, que el autor titula «Ciego es el día,» se representa perfectamente el efecto de la nieve, que ha formado una espesa capa en todo el camino, cubriendo árboles y plantas; y la tercera reproduce muy bien el aspecto que el invierno comunica á los campos. Aquí no hay luces, ni hogueras ni accesorio alguno que modifique el conjunto; aquí todo es frío y helado; el cielo, de color de plomo, comunica á todos los objetos un tinte melancólico; la naturaleza parece entregada al eterno reposo de la muerte, y ningún ser animado viene á desvanecer la ilusión. He aquí las verdaderas condiciones para representar un paisaje de invierno con los efectos de la nieve, y estas condiciones se han llenado admirablemente en las fotografías á que se refiere la presente descripción, de las cuales son una copia exacta nuestras ilustraciones.

BIOLOGÍA

Entre los múltiples y variados aspectos bajo los cuales puede considerarse la ciencia de la vida, que es lo que significa en puridad la palabra que encabeza este artículo, sin disputa alguna merece especial predilección aquel que se relaciona con el origen y posteriores desenvolvimientos de los reinos vegetal y animal que hermosearon la superficie del planeta, y continúan siendo el encanto de la humana especie, única al parecer, por no servirmos de un lenguaje sobrado absoluto poco frecuente entre los naturalistas, capaz de gozar de sus bellezas y sorprendentes armonías.

Y tanto más importa fijar la atención en este concepto de la Biología, que en cierto modo pudiera llamarse terebrete, cuanto que sobre comprender en los vastos dominios de su competencia la Antropología, ó sea la historia física, intelectual y moral del hombre considerado en la totalidad de su especie, todo cuanto acerca del génesis de la vida allá en remotísimas edades lleguemos á descifrar, si no en el cómo, por lo menos en el cuándo y en el orden de aparición de sus primeros representantes, ha de servirmos grandemente para quilatar ciertas doctrinas que acerca de la vida se han inventado; y si á esta noción, ya de suyo bien importante, se agrega el conocimiento de los posteriores desarrollos y del ritmo á que los seres obedecieron en todos tiempos en la sucesiva aparición en el mundo, no es dudoso llegar á concebir la lisonjera esperanza de que por dichos senderos tanto como por los de la experimentación en el laboratorio, ha de llegar un día la humanidad á resolver satisfactoriamente los problemas más trascendentes que la noción de la vida entraña.

Por de pronto en cuanto al origen de los seres orgánicos puede asegurarse que no fué ni había medios hábiles de que fuera coetáneo del globo que había de sustentarles; oponiase á ello la elevada temperatura que reinaba á la sazón y por luengos siglos en la superficie terrestre, y á más, la falta de un agente, el agua, cuya misión es tal, que no se concibe sin ella la vida tal como hoy la vemos. Las investigaciones geológicas han confirmado de la manera más evidente esta aseveración hecha á priori, ya que fundados en ellas los hombres de ciencia señalan un cierto horizonte más abajo del cual la estructura geognóstica terrestre hállase representada por rocas cristalinas formando masas inmensas, en cuyo seno ni el examen macroscópico, ni el más delicado estudio microscópico ha podido hasta el presente descubrir el más ligero rastro ó vestigio de ser orgánico vegetal ni animal. La presencia de estos seres profundamente alterados por la mineralización que experimentaron se revela por primera vez en los materiales de sedimento primitivos, tan metamorfoseados en su aspecto y hasta en su naturaleza íntima como aquéllos, ostentándose bajo el aspecto de rocas que por concurrir en ellas la estructura propia de los materiales formados en el seno de las aguas y la cristalina de los productos eruptivos, hanse llamado por el insigne geólogo belga Sr. Omalius cristalofílicas, expresión bastante más propia y exacta, atendida su etimología de dos raíces griegas *christallon* y *philos*, que la empleada por la mayor parte de nuestros ingenieros de minas, la cual consta de un sustantivo, estrato, y de un adjetivo, cristalino, puesto que las designan con la denominación de estrato cristalinas, formando un solo nombre por tan singular y anómala manera.

Figuran entre estos materiales metamórficos el gneis, especie de granito abortado, puesto que le falta el cuarzo, las pizarras todas arcillosas, cloríticas, micáceas, etc., algunos conglomerados y calizas cristalinas de aspecto mármoreo, y con frecuencia anfíbólico y serpentínico, circunstancia que las hace muy estimables como piedra de construcción monumental.

Ahora bien; en estos productos alterados de la primera sedimentación es donde aparece por decirlo así la aurora de la vida, la vegetal positivamente en el interior de un canto errático de gneis, encontrado en la Brianza (antigua Lombardía) por uno de los hermanos Sismonda, distinguidos naturalistas piemonteses; la animal no de un modo tan evidente, en una masa de caliza serpentínica del terreno llamado laurentino por hallarse enclavado en la cuenca del río San Lorenzo en la América del Norte.

Para ver la primera planta sólo se necesita tener ojos en la cara y visitar el Museo de Turín donde me la enseñó D. Angelo Sismonda, su descubridor, allá por los años 53, ó el Gabinete de Historia Natural de Madrid, en cuyas colecciones paleontológicas de mi cátedra figura una copia fotográfica regalada por aquél que examinan y

admiran los alumnos cuando durante el curso se aborda la magna cuestión del origen de la vida en el globo, pudiendo hasta el menos avisado advertir que pertenece al grupo de las equisetáceas ó colas de caballo, siendo tan ostensibles sus caracteres, que el insigne Brongniart pronto echó de ver que era una especie nueva, razón que le movió á dedicársela al sabio profesor de Geología de Turín, llamándola *Equisetum Sismonda*. — La cosa es algo más problemática por lo que al reino animal se refiere, puesto que el famoso *Eozoon Canadense*, frase que traducida al lenguaje vulgar significa aurora de la vida del Canadá, presentado por primera vez en la exposición universal celebrada en 1867 en París, y regalado más tarde al Jardín de Plantas, en cuyas grandiosas galerías de Cuvier figura, después de tanto como en pro y en contra de su naturaleza orgánica se ha escrito, discutido y hablado, desde su primera exhibición, la inmensa mayoría de los geólogos y paleontólogos se inclinan á considerarlo más que como foraminífero, grupo de seres de organización muy inferior, como una roca serpentínica cuya estructura reproduce á veces todo el aspecto celular de la organización. Aun recuerdo lo que contestó el insigne Lapparent, profesor de Geología en la universidad católica de París, cuando en la visita que hice á sus preciosas y bien ordenadas colecciones huve de preguntarle dónde ó en qué grupo de fósiles colocaba al Eozoon, á lo cual llevándome al compartimento de las rocas serpentínicas, respondió: aquí, este es su verdadero sitio. Dejando para ocasión más oportuna discutir este tema, por ahora cumple manifestar que desde el momento en que el acuerdo tocante á la naturaleza de un objeto deja de ser unánime, entre los que por sus especiales circunstancias se hallan en condiciones de resolver el asunto, lo prudente y discreto es aplazar la cuestión para cuando se hayan recabado mayores esclarecimientos, y no pretender sobre tan deleznable base erigir un sistema ó teoría que allane el áspero sendero de la ciencia, pues en vez de obtener el resultado apetecido, el día en que por virtud de nuevas investigaciones se resuelve la cuestión en sentido contrario, toda la balumba del edificio se viene abajo con no poco descrédito de los patrocinadores de la idea. Tal es lo que sucedió hace poco con lo que inconsideradamente se creía el origen de la vida, esto es, con el Eozoon por lo que á los tiempos antiguos se refiere, y con el no menos fantástico Batibio, expresión que significa vida de las profundidades, con referencia á la época actual. Esto último es tan curioso, que siquiera nos desviemos momentáneamente de nuestro propósito, merece la pena de darlo á conocer. Pretendíase haber encontrado allá en los abismos del océano, una cosa parecida, por decirlo así, al substratum de la vida, especie de nebulosa vital, de la que andando el tiempo, y mediante la influencia de las leyes de la transmisión hereditaria de la selección y adaptación, había de ir apareciendo todo el reino vegetal y animal por lento y secular desenvolvimiento de la materia protística. Fundábanse todas estas generosas y casi pueriles ilusiones en el hallazgo hecho por medio de la sonda en las capas más profundas del océano de una sustancia de aspecto gelatinoso é informe, dotada de ciertos movimientos que al parecer indicaban hallarse dotada de la excitación que se considera en la materia protoplasmática como la señal más clara y evidente de la vida rudimentaria, bastando esto para que los evolucionistas partidarios de la doctrina de Darwin creyeran ya resuelta la cuestión, y procediendo un poco á la ligera, dejándose llevar de las exigencias siempre immoderadas de todo sistema, no sólo creyeron en la naturaleza orgánica y organizable del Batibio, sino que el insigne anatómico inglés Huxley le dió nombre químico y específico, dedicándosela al correccionario alemán Haekel, *Batybius Haekeli*. No tardó, empero, en demostrar el más sencillo examen microscópico y químico que el famoso comienzo de la vida actual aun ostentaba muchos menos títulos que el Eozoon para figurar entre los seres orgánicos, puesto que no era más que yeso ó sulfato hidratado de cal, diluido en el espíritu de vino en el que se conservaban los objetos recogidos por los expedicionarios del buque inglés *Challenger*. Evidenciado el fracaso, el mismo Huxley tuvo la noble franqueza de confesarlo en el discurso pronunciado en una de las asambleas que anualmente celebra la Asociación británica para el progreso de las ciencias, haciéndolo de la manera delicada é ingeniosa que corresponde á un hombre de talento, como sin género alguno de duda hay que declarar que lo es.

No representan, pues, el comienzo de la vida primera ni la aurora de la actual el Eozoon y el Batibio, teniendo que recurrir á otros datos para formar claro y cabal concepto del complejo asunto. Tocante al comienzo de los organismos en el globo, queriendo partir de hechos positivos é incontrovertibles, debemos recordar lo que queda ya señalado respecto de aquel canto de gneis, con el Equiseto ensalzado por el Sr. Sismonda, y la presencia en muchas rocas antiguas de sedimentos metamórficos de grafito y de sustancias bituminosas de procedencia vegetal, y si se quiere también del diamante, como última reducción orgánica, en la cual desaparecieron los restantes elementos componentes de las plantas primeras, quedando tan sólo el carbono puro, como el más fijo de todos y cristalizado, circunstancia esta que lo distingue del grafito. A todas estas sustancias, en las cuales lo único que puede saberse es que proceden de organismos vegetales, pero sin poder determinar á qué grupo de plantas corresponden por efecto de las profundas alteraciones que experimentaron puestas bajo las condiciones á ello más favorables, hay que agregar las llamadas Eophyton que signifi-



TÆDIUM VITÆ, fragmento de un cuadro pintado por E. Neide

fica aurora vegetal, Oldhamias-Fucus, etc., que arman, valiéndonos de una frase de minero, en pizarras cristalinas pertenecientes al terreno ó sistema cámbrico, verdadero comienzo, según el orden cronológico, de la serie de materiales sedimentarios.

Respecto al reino animal hállase en dicho horizonte geológico representado por restos de algunos pocos moluscos, tales como singula prima y antigua singulilla Davisi, Theca gregaria y otros pocos, un Nereites y varios crustáceos del extraño grupo de los Trilobites un poco más arriba. De modo que el dato positivo que esto nos suministra es adquirir el convencimiento de que el reino vegetal precedió al animal, como así debía en realidad suceder, primero por la misión á sus individuos confiada, de transformar allá en lo recóndito de su organismo, sin saber cómo ni por qué se verifica, la materia mineral en orgánica, y después porque en rigor los animales, desprovistos de tan singular y recóndita facultad, necesitan encontrar ya realizado lo que en cierto modo pudiera calificarse de milagro incomprensible, para encargarse luego y á su vez, de dar nuevas y más complicadas formas á la celda, á la fibra y al vaso vegetal.

Podrá ser todo esto claro y si se quiere evidente desde el momento en que así lo atestigua la observación de un lado y la experimentación en el gabinete ó laboratorio de otro; pero ¿se sabe algo tocante al modo cómo se formó la primera planta? ¿podrá el hombre averiguar algún día y conocer la esencia de tan misteriosas operaciones naturales? yo creo firmemente que nó; por lo menos se sabe hoy que la síntesis química á pesar de los sorprendentes progresos en estos últimos años realizados no ha podido obtener hasta el presente el menor indicio de protoplasma y menos aún de célula orgánica, y eso que la análisis ha revelado de la manera más evidente la composición no sólo cualitativa, sino también cuantitativa, de todos los elementos componentes del organismo así vegetal como animal.

Algunos naturalistas y especialmente los afiliados á la doctrina de Darwin salen del paso admitiendo sin prueba alguna en su apoyo la generación espontánea ó la autogonía como quiere Hækel; mas como quiera que los más recientes estudios y experimentos de Pasteur, Tyndal y tantos otros rechazan semejante procedimiento de transformación de la materia mineral en organizada, por haber demostrado la experiencia la necesidad de que intervengan para ello los gérmenes, se conforman con lo que sería hasta insensato y absurdo rechazar, pero añaden que esto es tan sólo para explicar la vida de hoy, pero que para darse cuenta de cómo se originó en remotísimas edades el gran misterio, hay que admitir por fuerza la generación equívoca, prefiriendo caer en esta flagrante contradicción, á reconocer y admitir en todo esto la mano omnipotente del Creador. Y es que como dice Burmeister en una obra cuyo título está en completo desacuerdo con la doctrina admitida, pues la llama La Creación, prescindiendo del Hacedor supremo para explicar el origen de la materia, la cual es en su sentir eterna, no tiene necesidad de esta rueda intermedia para comprender cómo la materia mineral revistió formas y textura de seres vivos y para esto se paga de la frase generación espontánea ó autogonía, creyendo ó haciéndose la ilusión de que con esta frase todo el mundo queda ó debe quedar no sólo convencido sino también lo suficientemente ilustrado para poder decir eureka, ya sé cómo se salva la gran dificultad.

Bien mirado el asunto, yo no sé real y verdaderamente qué referencia exista entre este dogmatismo que se invoca é impone á nombre de la ciencia, y el que á título ó como artículo de fe nos manda creer que *in principio creavit Deus cælum et terram*, y que cuando la ocasión fué oportuna, este mismo Dios dispuso que aparecieran primero las plantas, luego los animales, y por último el hombre, como digno coronamiento de la grandiosa y admirable obra de la Creación. Lo cierto es que de ambos modos nos quedamos á oscuras en cuanto á la esencia del procedimiento que dió vida al primer organismo; pero hay la ventaja de parte del creyente que con ello hace un acto de humildad reconociendo gustoso y por espontánea confesión la existencia de quien todo lo conoce, lo sabe y lo puede, sin que por ello sea más confusa la idea que se forma del misterio, pues la verdad es que la frase generación equívoca, espontánea ó autogonía no lo explica mejor.

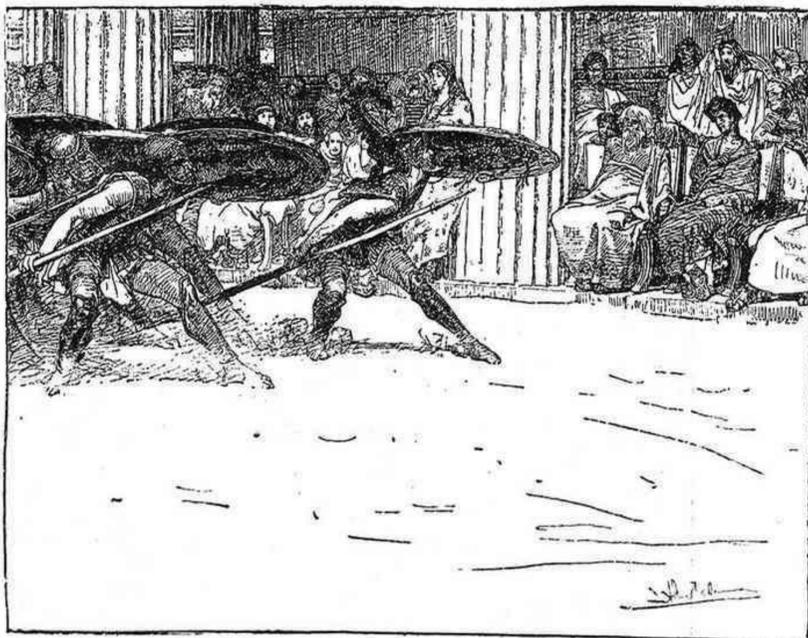
En este particular el único que en mi concepto ha discurrido un medio ingenioso y al parecer racional para explicar lo inexplicable es el Sr. Lecoq de feliz memoria, quien tratando de la materia orgánica ú organizable que arrojan muchas aguas minerales en una obra por muchos conceptos estimable y digna de estudiarse (1), emite la opinión de que aquella hubo de ser en un principio la verdadera creadora de la vida en el globo. Hé aquí ahora la manera como discurre el insigne geólogo auvernense: las aguas minerales se forman en lo que él llama zona de reacción química terrestre, en otros tiempos más próxima que hoy á la superficie, por virtud de la afinidad que el oxígeno tiene por el hidrógeno uniéndose en las proporciones conocidas, verificándose allí también en las profundidades de la costra sólida la combinación de aquellos dos cuerpos simples con el carbono y nitrógeno originando la materia organizable que adquiere formas propias de determinados seres orgánicos cuando arrastrada con y por el agua en el manantial recibe la benéfica influencia de la luz y del calor. Como en todas estas operaciones no hay al parecer comunicación con el mundo exterior de los agentes que determinan tan singulares y extraños hechos, sino cuando aparece la materia sulfurina, olesina, como diría el doctor Arnús, etc., podría real y verdaderamente creerse, como así lo creía Lecoq, que todo se formaba allá en lo más recóndito de la costra sólida del planeta, sin intervención de otras fuerzas más que las representadas por la afinidad química, pudiendo en cierto modo considerarlo como expresión genuina de la autogonía ó de la generación espontánea.

Forzoso es reconocer que la explicación es ingeniosa,

(1) Les eaux minérales dans leurs rapports avec la Géologie.

revelando en el autor insigne, con cuya amistad me honraba muy mucho, conocimientos químicos y geológicos nada comunes, evidenciados en la mencionada y en muchas otras obras que dió á luz; y que si fueran susceptibles de demostración los datos en que aquella se apoya, no habría más remedio que admitir la doctrina como genuina expresión de la verdad. Pero es el caso que por satisfactoria que sea la idea de la zona química terrestre y la formación directa del agua en su seno, al pretender averiguar qué habrá en todo ello de real y verdadero, nos encontramos en la más absoluta necesidad de declarar que nada sabemos que sea á la doctrina favorable; al paso que en cuanto á la procedencia positiva del agua por filtración desde el exterior, para originar manantiales allí donde las condiciones son propicias, lo que nadie ignora es que constituye un hecho incuestionable, así como la termalidad se relaciona con la inclinación de las capas que las aguas atraviesan en su marcha descendente y el carácter mineral de los manantiales se halla estrechamente enlazado con la composición de los materiales atravesados. Podrán quizás á las veces presentarse todas estas circunstancias de estructura geológica y de naturaleza mineral de los materiales recorridos por las aguas algo problemáticas ó dudosas, pero en la inmensa mayoría de los casos las relaciones entre la termalidad y la mineralización de las aguas de un lado, y la orografía ó estratigrafía y la composición del terreno de otro, son de tal manera estrechas, que han servido de fundamento racional para idear la teoría que más satisfactoriamente lo explica todo.

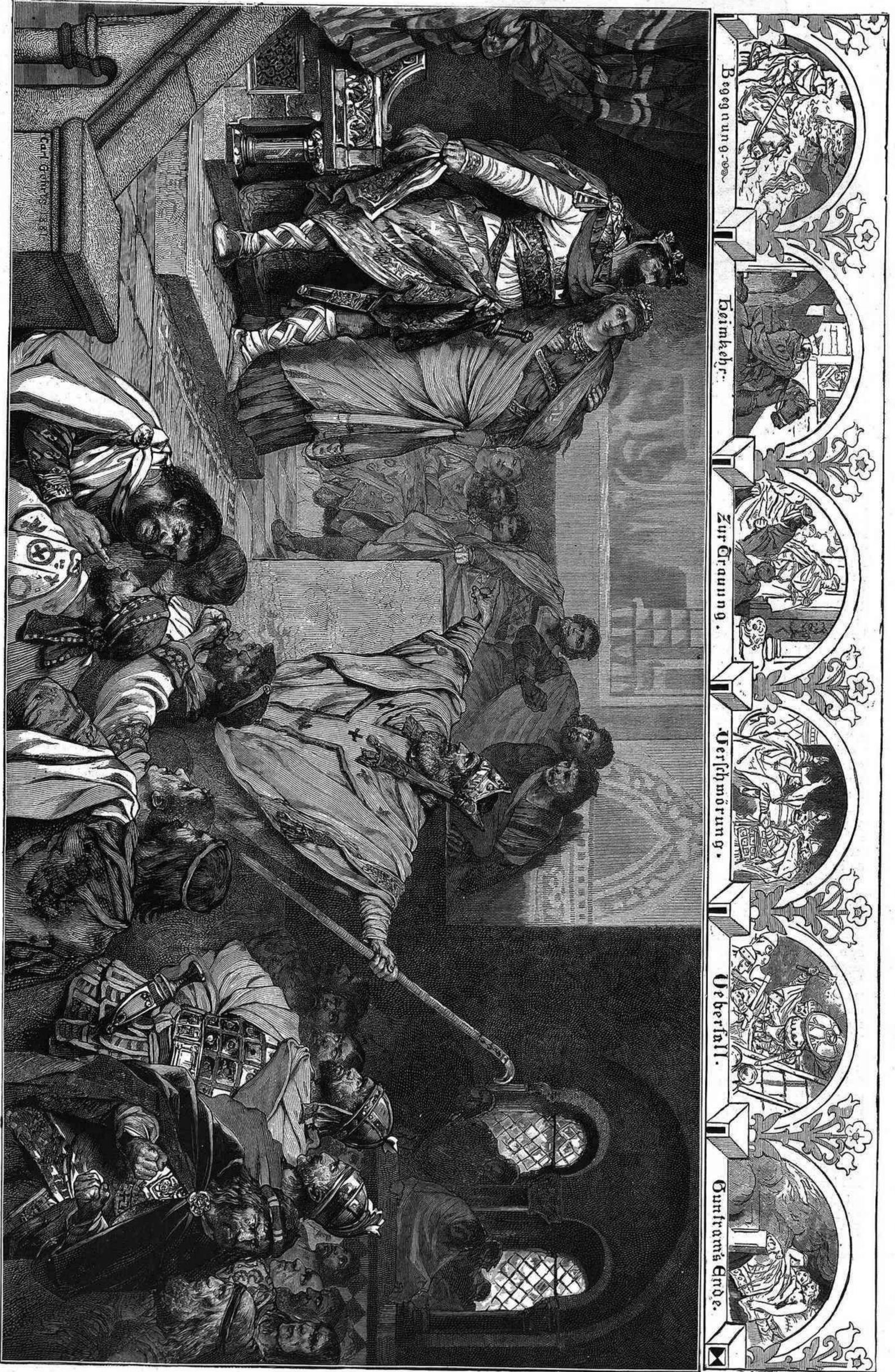
En este caso y sin necesidad de desechar en absoluto la ingeniosa doctrina de Lecoq por lo que á la formación directa de parte del agua que sale del interior del globo se refiere, pues podrá ser cierta, en cuanto á que deba aplicarse el propio criterio á la aparición de la materia organizable que llevan consigo los manantiales minerales y en especial los sulfurosos, no encuentro que sea lógico como consecuencia ineludible lo uno de lo otro; antes por el contrario, aun admitiendo de plano lo primero, ¿no podrían las aguas encontrar ya formada en su trayecto de abajo arriba ó por lo menos los materiales ó gérmenes que contribuyan á su formación haciendo tan sólo en este caso el agua de agente conductor? Por otra parte, la filtración y circulación subterránea de las aguas procedentes de la superficie es tan evidente, que en ambas operaciones se funda de un modo lógico y racional, la teoría y también la práctica de los diversos modos de alumbrar aguas, y entre todos ellos el que se vale de la sonda artesiana (2). Este hecho no podía ciertamente pasar desapercibido á la clara inteligencia de Lecoq, quien reconoce como base de la teoría de los manantiales la filtración y circulación subterránea del agua; pero preocupado sin duda alguna con la idea de la zona de reacción química terrestre, de que en puridad era y fué inventor, establece la diferencia, en mi concepto á todas luces arbitraria, entre los manantiales comunes que atribuyé á las aguas que proceden de fuera, y los manantiales minerales, sean ó no termales, cuyo génesis va á buscar en las reacciones químicas que se verifican en el interior de la costra sólida, á mayor ó menor profundidad, según el tiempo que nos separa de la época en que vivimos. Tampoco por tan bello cuanto ingenioso medio encuentra explicación plausible la generación espontánea; lo cual hace que con respecto al origen de la vida en la tierra, por lo que á la esencia del hombre se refiere, estemos hoy á la misma altura en que se encontraban los primeros inventores de la idea allá en remotísimas edades, y en la que se encuentran todos aquellos que parten de la realidad inexplicable é inexplicable del hecho, como principal fundamento de la teoría evolutiva y transformista. Pero los representantes de las primeras manifestaciones orgánicas



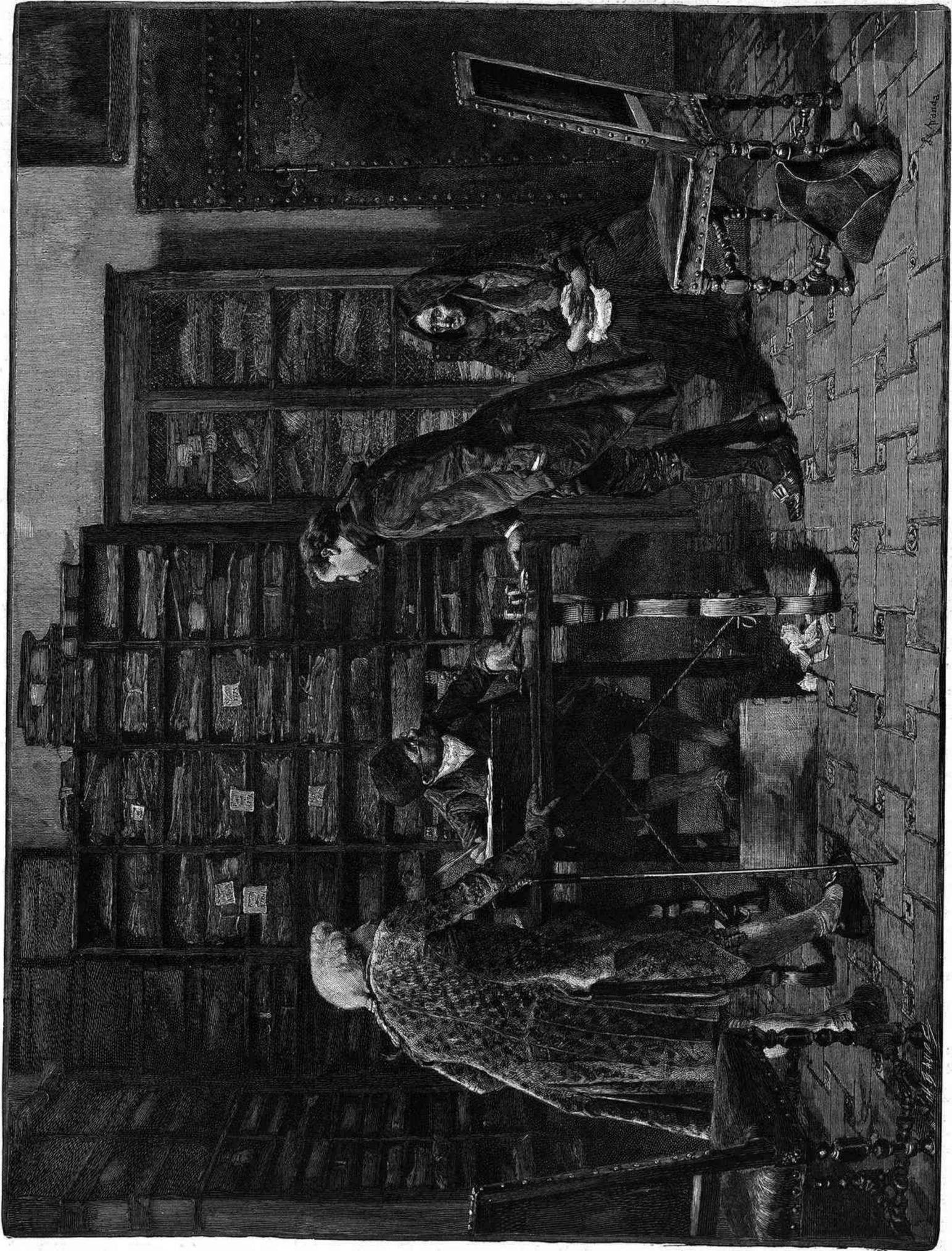
DANZA PÉRRICA, dibujo de Alma Tadema

desaparecieron de la escena del mundo, quedando sepultados en el seno de los estratos terrestres más antiguos,

(2) Consúltese para mayores esclarecimientos mi obra titulada «Teoría y práctica de pozos artesianos.»



LA CANCIÓN DE GUNTTRAM, dibujo original de C. Gehrt's



EL ÚLTIMO EMPEÑO, cuadro de L. Aranda

donde con el transcurso del tiempo convirtiéronse en fósiles ó sea en lo que respetables autoridades científicas llamaron medallas de la creación, para ser reemplazados por otros, los cuales á su vez sufrieron la misma suerte, sintetizando en una indeterminada serie de apariciones y desapariciones orgánicas la encantadora historia del planeta. Ahora bien; dado lo cierto y positivo del hecho, la ciencia ¿nos suministra hoy bastantes y evidentes datos para esclarecer el cuándo y el cómo se hicieron de modo lento ó brusco estas renovaciones de las faunas y floras que en distintas épocas hermopearon la superficie del planeta que habitamos?

Por fortuna la Geología y la Paleontología se hallan hoy en disposición de contestar á la mitad del problema, puesto que indudablemente saben y enseñan los hombres que las cultivan cuál fué el orden de aparición y de desaparición de los diferentes tipos vegetales y animales, circunstancia que sirve de criterio para determinar la sucesión de los acontecimientos orgánicos é inorgánicos que caracterizan la historia terrestre. La dificultad hoy por hoy insuperable consiste en llegar á conocer cómo hanse realizado tales y tan sorprendentes fenómenos. Está puesto fuera de toda duda por virtud de recientes descubrimientos, que la humana fué la última especie que apareció en el globo, cuyos despojos existen entre los materiales cuaternarios; que antes figuraron los restantes mamíferos, cuyos restos comienzan á encontrarse en el terreno que los geólogos llaman Triás ó triásico en sus niveles superiores y caracterizan sobre todo el sistema terciario inferior, medio y superior; que las aves son tal vez contemporáneas de los mamíferos; que los anfibios y reptiles hicieron su primera aparición en el terreno carbónico y quizás en el devónico, y por último, que entre los vertebrados los peces, que son los más inferiores, precedieron sin duda alguna á los restantes, ya que con frecuencia se encuentran fósiles hacia el promedio del terreno silúrico, uno de los más antiguos depósitos de sedimento.

Respecto de los animales que por carecer de vértebras se llaman invertebrados, el orden de aparición de sus diferentes tipos protozoos, foraminíferos, radiolarios, equinodermos, moluscos y articulados, no se ostenta con la aparente regularidad que acaba de señalarse para los vertebrados, circunstancia que concuerda perfectamente con la dificultad de establecer una verdadera y razonada jerarquía entre ellos, advirtiéndose tantas anomalías aun dentro de cada tipo en la presentación de las diferentes clases, órdenes, familias y demás divisiones de inferior categoría, que aun considerado el asunto en sus grandes delineamientos es harto comprometido aventurar opinión alguna que esté fundada en hechos positivos y bien observados y que no tengan en su contra otros de tanta ó de mayor valía. Un solo ejemplo sacado del tipo molusco, el más importante quizás, bajo el punto de vista de la característica de los terrenos, en razón á su propia abundancia, servirá de confirmación á cuanto acaba de indicarse. Comienza á encontrarse los restos de moluscos, esto es, las conchas, en los niveles más bajos de las formaciones de sedimentos llamadas arcaicas, precediendo á foraminíferos, á equinodermos y á otros tipos que les son inferiores; y hacen su primera aparición, según queda dicho, por los géneros singular y singulilla, como representantes de la clase más inferior entre los moluscos verdaderos, ó sea, de los braquiopodos. Ahora bien; según el orden de complicación orgánica, debía haberse presentado inmediatamente después la clase de los acéfalos ó lamelibranchios, seguida de los gastrópodos, para completar la serie de las divisiones del tipo los llamados cefalópodos, seres de organización tan superior, que muchos autores los desmembran de los restantes moluscos para colocarlos por encima de los articulados; y sin embargo la cosa no se realizó de esta manera normal y regular como exigía la doctrina de la descendencia, sino que muy pronto, es decir, en los niveles medios del terreno silúrico que es el que sigue al arcaico, preséntanse tantos y tan variados representantes de los cefalópodos, que puede asegurarse haber alcanzado allí el máximo desarrollo, anteponiéndose por supuesto al predominio de gastrópodos y acéfalos que sólo se realiza en los tiempos actuales.

A más de estas aparentes anomalías, el tipo molusco ofrece en el curso de su desenvolvimiento muchos hechos de todo punto inexplicables, cualquiera que sea la teoría que para ello se invente; tal es entre otros, la súbita é inesperada aparición hacia los tiempos medios representados por el terreno cretáceo, del grupo extraño y casi pudiera decirse inarmónico con los restantes moluscos, llamado de los sudistas, el cual aparece sin precedente y desaparece al final de dicho terreno, sin dejar lazo alguno de descendencia con los que le siguen.

Pero prescindiendo de detalles de todo punto inexplicables, y volviendo al asunto principal, debemos declarar muy alto, que merced á los progresos por la historia de la tierra realizados, hanse llegado á formular ciertos principios generales calificados de leyes paleontológicas y mejor aún biológicas, en las cuales se condensa ó sintetiza el saber moderno acerca de la marcha y vicisitudes que experimentaron los seres orgánicos desde que hicieron su primera aparición en la haz de la tierra. En este linaje de disquisiciones, consecuencia natural y legítima del incalculable arsenal que hoy conservan los Museos privados y públicos, lo que desde cincuenta años á esta parte se ha progresado es verdaderamente asombroso, y sin embargo, tocante á la filiación de las especies, á la manera especial cómo se sucedieron unos organismos á otros, estamos hoy por hoy tan á oscuras como respecto

al origen misterioso de la vida en el globo. De todos los problemas encomendados á la Paleontología, como la rama más importante de la Biología, existe uno fatalmente condenado, según dice el belga Briart, á no recibir jamás solución plausible, por cuanto hay que renunciar á comprender los misterios de la vida, el más maravilloso cuanto incomprensible de los fenómenos en sentir de Laporta. Y no se crea que esta idea sea moderna, pues los sacerdotes egipcios ya esculpieron en el frontispicio del templo de Isis, personificación de la naturaleza, la siguiente inscripción: «yo soy todo lo que es, todo lo que fué y todo lo que será, pero nadie ha descubierto ó levantado el velo que me cubre.»

No es ciertamente lisonjera la declaración de que en el particular estemos á la misma altura que los hombres que sintetizaban el saber egipcio; verdad es que en muchos otros asuntos no menos trascendentes ocurre lo propio, como por ejemplo, en lo referente al famoso apotegma del templo de Delfos, pues á pesar del tiempo transcurrido, todavía el hombre no ha llegado á cumplir el *nosce te ipsum*, deseo y nobilísima aspiración de la clásica antigüedad, de la que tantos beneficios podría recabar el hombre de hoy preparando el bienestar á las generaciones venideras.

J. VILANOVA.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL

POR DON JUAN TOMÁS Y SALVANY

(Continuación)

VI.

Al día siguiente, la noticia de lo sucedido la víspera se esparció por todo Alcornocal. Conforme ocurrir suele en tales casos, el suceso, alterado, tergiversado, comentado y referido hasta la saciedad, tomó proporciones gigantescas, alarmantes. Según unos, D. Ramón se hallaba poseído del espíritu maligno y no había quien parara en el palacio; según otros, el primito era un embajador de Satanás, que traía revuelto á todo el pueblo; no faltó quien hubiese visto á toda una legión de diablos saltar de las ventanas traseras de la casa maldita y perderse con infernal estruendo en el fondo del barranco, ni tampoco quien asegurara haber divisado á media noche un escuadrón de brujas montadas en escobas cabalgando en los rayos de la luna. Isidro y sus compañeros contaban á quien lo quería oír que habían presenciado las diabólicas artes del brujo en el desván, que luego éste y el diablo habíanse escurrido juntos por la ventana, evaporándose por ensalmo entre los garrotes con que intentaban aquellos zurrarles la badana. Una tempestad de truenos y granizo, sobrevénida en la misma noche del suceso con gran detrimento de la cosecha, fué achacada por muchos al vengativo influjo de las potencias infernales. Los más creían á puño cerrado estas patrañas; algunos, muy pocos, las negaban rotundamente; estos, sin rechazarlas, las oían con gran reserva; aquellos, al oírlas, se encogían de hombros sin decir malo ni bueno, ni dar á entender lo que opinaban.

Cuando por la tarde los habitantes del palacio salieron á dar el paseo acostumbrado, de los labriegos unos se los comían con los ojos, otros se apartaban instintivamente, sin que ninguno se atreviera á dirigirles la palabra. Durante la noche, medio Alcornocal acudió á la orilla del barranco, ansioso de oír aquellas voces y ruidos extraños, y de presenciar las escenas diabólicas que de aquel paraje se narraban; mas las ventanas permanecieron cerradas, inalterable silencio reinó en torno y la pública curiosidad tuvo que contentarse con un examen minucioso y comentado del almezo, mudo actor y testigo incorruptible de tamañas brujerías. Al propio tiempo unos fuegos errabundos recorrían en todas direcciones las próximas montañas: eran Blas y sus amigos que con teas encendidas, armados de palos, horcas y rastrillos, batían el monte en busca del diablo, semejando ellos mismos otros tantos ejemplares del espíritu maligno á quien buscaban.

Entre tanto, Rosario, sobrecogida aún del susto recibido la víspera, habíase encerrado sola en su habitación, rechazando con energía las reiteradas instancias del gomoso, quien vagaba por las afueras del pueblo, escamado, confuso y dado, en efecto, á todos los diablos. En cuanto á D. Ramón, como hubiese tomado el partido de ir á jugar al tresillo en casa del médico, donde se reunía la plana mayor de Alcornocal, estaba dando un codillo al alcalde en aquel momento.

— ¡Diantre! — profirió la autoridad local; — ¿será cierto lo que cuentan?

— Y ¿qué es ello? — preguntó el señor de Soto.

— ¡Cómo! ¿Lo ignora V.?

— Sí, á fe mía.

— Pues dicen nada menos que es V. brujo.

D. Ramón se sonrió como quien siente lisonjeada su vanidad.

— Cuentan, — terció el maestro de escuela, — que esta noche última ha vomitado V. brujas y demonios por aquellas ventanas.

— Y que V., — añadió el boticario dirigiéndose al albéitar, — está componiendo una sátira contra nuestros sencillos aldeanos.

— ¡Libreme Dios! — contestó pavoneándose el interpeorado, — capices serían, si tal hiciera, de llevar sus caballerías á mi colega de Peñalta.

— Lo que yo entiendo, — dijo el médico, — es que me verá obligado á someter á un método curativo á medio Alcornocal: están de remate, por lo visto.

— D. Ramón, — repuso el alcalde, — á no ser nuestra antigua amistad y mi respeto á la Constitución vigente, y á que á mí por un oído me entran y por otro me salen ciertas cosas, hoy hubiera V. visto invadida su casa por mi autoridad.

— ¿Con qué motivo, D. Juan?

— Una comisión de alcornoqueños se ha presentado esta mañana en la casa consistorial, con la pretensión de hacerme practicar un registro en el palacio, bajo el pretexto peregrino de que tiene V. pacto con el diablo.

— Ésa sí que fué diablura, — observó el maestro de escuela.

— Dicen que todas las noches se encierra V. en un desván donde no entra nadie, ni aun D.^a Rosario, ni don Enrique, el bravo matador de aquella fiera.

— ¿Qué contesta V. á tales acusaciones?

— ¿Tiene V. verdaderamente pacto con el diablo?

— Algo hay de eso, algo hay de eso, — respondió don Ramón.

Todos afectaron tomar á chanza esta contestación, temiendo pasar por zafios si la tomaban en serio; alguno, no obstante, quedó perplejo.

— ¿Quiéren Vds. dar otra vuelta? — propuso el doctor.

— Yo no juego con brujos, — contestó el alcalde, riendo.

— Se acabaron las puestas, mejor será dejarlo, — concluyó el albéitar.

— Como Vds. quieran, — dijo D. Ramón, embolsando sus ganancias.

La conversación giró alrededor de duendes, brujas y diablos; se refirieron mil cuentos de aparecidos, á cual más chuscos, en los que siempre el fantasma resultaba un ser grotesco é inofensivo. El mismo D. Ramón refirió uno, cuyo héroe fuera él en un pueblo de la Mancha; habló con tanta naturalidad, hizo tantas y tan oportunas observaciones sobre la tendencia supersticiosa del vulgo, que á ninguno de los presentes le ocurrió dar crédito á las patrañas que en Alcornocal se comentaban.

Al disolverse la reunión, Blas y sus compañeros, con teas, palos, horcas y rastrillos, regresaban de la batida, desalentados y mohinos. Al verlos en tal disposición, se les habían juntado la mayor parte de los labriegos.

— ¿Qué habeis hallado? — les preguntaban, ávidos de curiosidad.

— ¡Nada, nada! — respondieron ellos, — el diablo se ha burlado de nosotros.

Cuando después de haber atravesado la plaza, llegaron á la esquina de la calle Mayor, donde habitaba el médico, los tertulios de este bajaban la escalera. Apenas hubieron llegado al zaguán y puesto el pie en la calle, un labriego vió el primero á D. Ramón detrás del albéitar, entre el boticario y el maestro de escuela.

— ¡Ahí viene, compañeros, ahí viene! — gritó.

— ¿Quién? — preguntaron todos.

— El diablo, es decir, el brujo; donde está el uno no debe andar lejos el otro. ¡Miradlos, allí están!

Una enorme piña de cabezas obstruyó la puerta por donde iban á salir á la calle D. Ramón y sus amigos; un centenar de ojos salvajes, amenazadores, se clavaron en ellos; sobre los ojos alzóse un bosque de palos, horcas y rastrillos.

— ¡El es, ellos son, matarlos! — rugieron otras tantas voces.

Aquella piña humana tomó una actitud tan amenazadora, que los aludidos, faltos de valor para afrontarla, retrocedieron asustados, y subiendo á saltos la escalera, entraron bruscamente en casa del médico. Y aun así lo hubieran pasado mal, perseguidos de cerca por Blas y los suyos, si el alcalde, haciendo de tripas corazón, no se hubiera detenido en lo alto de la escalera y gritado ostentando la vara:

— ¡Atrás! ¡El primero que dé un paso experimentará todo el rigor de la ley que represento!

Aquellos furiosos se detuvieron, sin retroceder, codeándose, cabeceando, agitando tumultuosamente y cuchicheando como verdaderos poseídos.

— ¡El señor alcalde es compinche del demonio! — decían como energúmenos.

— Lo han embrujado.

— ¿Cómo había de ser si no?

— Pues ¡muera también el señor alcalde!

— ¡Y el maestro de escuela!

— ¡Y el boticario!

— ¡Y el médico y el albéitar!

— ¡Todos son brujos!

— ¡A ellos, y salgan todos por la ventana!

(Continuará)

UN ADEPTO DE VOLTAIRE

I

El año de 1830 corría para unos, y para otros íbase deslizándose lentamente. Reinaba la Majestad de Fernando VII, y era la época feliz en que España estaba todavía en el limbo, en que los religiosos dormían tranquilamente en sus conventos y los voluntarios realistas en sus cuarteles, cuando la política yacía en calma, por más que en el lejano horizonte se diseñasen vagamente los nubarrones de la guerra civil, la administración estaba encauzada, y la prensa trabajaba poco, como conviene en un país meridional.

No obstante, había conatos escénicos y literarios. Algunos aficionados á la poesía recitaban los versos de Arriaza; en el teatro del Príncipe se puso en escena una tragedia titulada «Blanca de Moncasin,» tan conmovedora que

Lloraban de dolor hasta las mulas
De los coches que estaban á la puerta.

Don Lucas Alemán y Aguado publicaba sus folletos satíricos y *costeaba la edición*, el poeta Rabadán era condecorado en Filfa por el Emperador de Rusia y se traducían algunas tragedias francesas tan concienzudamente como se deduce del siguiente diálogo:

PERRO ¡Dichoso el que consigue,
querida Hermione bella,
la dicha de miraros
tan hermosa...
HERMIONE Señor, tened la lengua,
yo sé que siempre á Perro
le he parecido fea;
si es que buscáis á Andrómaca
se equivocó sin duda vuestra Alteza.

Habíase suprimido el tribunal de la Inquisición, pero como todavía se creía en Dios, en el Rey, en el diablo, en los incubos y en los súcubos, aun se exorcizaba en las iglesias, especialmente á las manolas en cuyos cuerpos se metía el demonio con una frecuencia satánica ¡Las manolas! ¡Ah! comprendo la predilección del príncipe de las tinieblas! Desgraciadamente ya no existe tan respetable y encantadora clase de mujeres; el sombrero gabacho, las monteras murcianas y los velos de ilusión, han sustituido á aquellas mantillas con franja de velludo; en lugar de la corta y pomposa falda, se ven por todas partes faldas largas y escurridas, y en vez de admirar el zapatito español con las provocativas *galgas*, nos encontramos con epiceños zapatos rusos.

¡Dichosos tiempos en que había manolas!

II

En aquella época, la Universidad existente hoy en Madrid, estaba establecida en la ciudad de Toledo, y en ella cursaba leyes un joven estudiante llamado Damián, hijo de un rico covachuelista, no de las gradas de San Felipe, sino del ministerio de Estado. Tenía Damián veintidos años, buena figura, carácter alegre y despejo nada común. Era *sprit fort*, cosa rara en aquellos tiempos, en que los enciclopedistas apenas habían podido trasponer el Pirineo; no obstante, nuestro joven leía á hurtadillas el *Contrato Social* de Rousseau y el *Cándido* de Voltaire, sus dos libros predilectos.

Romántico y escéptico quizá presentía á Víctor Hugo y á Suñer y Capdevila; así es que se mofaba de todo lo más sagrado que había entonces. Decía, por ejemplo, que la catedral de Toledo era un palomar lleno de monos; San Juan de los Reyes, un presidio real y póstumo, en el que no faltaban ni aun las cadenas, y Santa María la Blanca, un buen local para establecer una cantina de

arrieros. Pero *magüer* incrédulo y refractario á toda idea de vasallaje, el joven estudiante habíase rendido al imperio del amor, y amaba con buen fin á la hija de un indiano, el cual, hecha la fortuna en Indias, había venido á establecerse en Toledo su ciudad natal.

Don Celedonio el indiano, y el padre de Damián, eran antiguos amigos y habían convenido en que sus dos respectivos vástagos se unirían en lazo matrimonial, no bien el estudiante hubiese acabado su carrera.

Todos los días, después de salir de clase, Damián hacía una breve visita á su adorada y por la noche asistía á la tertulia del indiano, tertulia sin pretensiones, en la que sólo se reunían algunos vecinos del barrio.

III

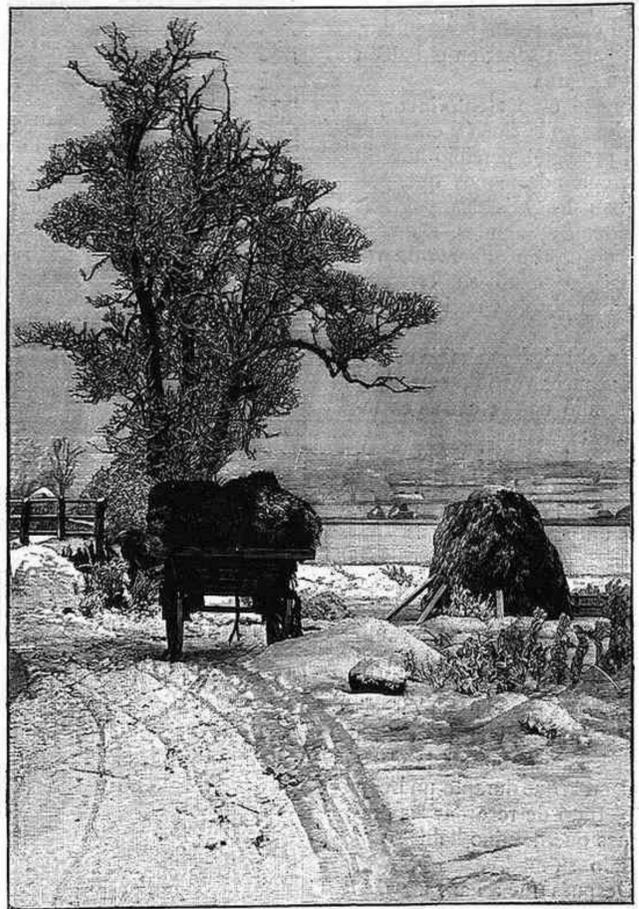
Una noche en la tertulia de D. Celedonio se habló mucho del Alma en Pena, especie de fantasma nocturno que vagaba entre las tinieblas, haciendo cosas inauditas; porque en aquel tiempo se creía más en las almas en pena que ahora en la infalibilidad del Papa. Un vecino de la Plaza del Ayuntamiento, una madrugada, había visto un espectro blanco y gigantesco, repicar furiosamente las campanas de la Catedral. Un labrador que volvía del campo á la hora del crepúsculo vespertino, vió también una sombra negra y pigmea, trepando por la fachada de San Juan de los Reyes, haciendo sonar las cadenas en ella colgadas; y finalmente, y esto es lo más grave, hallándose reunido el Cabildo en la Capilla del Condestable, vióse cruzar una especie de meteoro que apagó instantáneamente todos los cirios que ardían en el templo.

Unos sostenían que el alma en pena iba envuelta en un inmenso sudario blanco, otros afirmaban que se aparecía bajo la forma de un enano gris; pero todos convenían en que el fantasma arrastraba una larga y sonora cadena.

Se decía que era el alma de un presidiario inocente, muerto en presidio; el espíritu de uno de aquellos realistas furibundos que, abolida la Constitución, pedían á voz y en grito: ¡Las cadenas!

IV

Damián el estudiante, como *sprit fort*, se burlaba de todas estas cosas, y una noche en que, según he dicho, se había hablado en la tertulia del indiano del alma en pena, dadas las diez, el escéptico joven salió de la casa de su futuro papá político y encaminóse hacia la suya, lamentándose en sus adentros del deplorable estado intelectual de España.



ABANDONADA, reproducción fotográfica del natural por M. Wilson.

El ruido había cesado.

El joven supuso que algún labrador en el zaguán de su casa, estaría arreglando los útiles de la labor; y siguió tranquilamente su camino.

V

No bien hubo andado un corto trecho, el ruido metálico volvió á sonar.

Detúvose el estudiante, y todo quedó en silencio.

Aquello era algo incomprendible.

La noche, noche de noviembre, estaba oscura y fría. Damián que iba envuelto en su capa, llevaba un bastón de estoque y una pistola en el bolsillo; no temía á los muertos, pero recelaba de los vivos.

Anduvo unos cuantos pasos, y el ruido volvió á producirse. Retrocedió hasta la esquina de una calle que había dejado atrás, y entonces oyó el ruido del metal arrastrando que se alejaba por la mencionada calle.

Y lo más extraño era que no se veía ni el menor bulto, no se oía el más ligero rumor de pisadas.

Damián se animó á sí propio. Era valiente, despreocupado, no bebía más que agua, la noche anterior había dormido perfectamente; no podía, pues, achacar á lubricaciones de la imaginación aquel extraño incidente. Creer en la existencia del alma en pena era como pensar en las Batuecas; pero indudablemente alguno le seguía.

Entonces pensó en D. Remigio, un boticario andaluz tertuliano de D. Celedonio, y supuso que aquél le estaba dando una broma.

—Si es así,—pensó el joven,—cara le va á costar.

Y desembozándose y amartillando la pistola, entróse apresuradamente por la calle, pero... ¡oh, asombro! el ruido continuaba sonando, no ya en el suelo, sino en lo alto, chocando con las tejas de los edificios.

Cesaba á intervalos y volvía á producirse, unas veces delante y otras detrás del joven estudiante.

Este comenzaba á preocuparse seriamente, porque no podía admitir la suposición de que un boticario viejo y rechoncho trepase hasta los tejados de las casas.

Sin querer, pensaba en el alma en pena que subía á la torre de la Catedral y á la fachada de San Juan de los Reyes, arrastrando una larga y sonora cadena.

Inquieto, excitados sus nervios, parándose á trechos y mirando hacia los tejados, dispuesto á descerrajar un tiro al primer bulto que se presentara, Damián continuó andando, oyendo siempre el extraño ruido, unas veces en lo alto y otras sobre el empedrado de las calles.

Aquello era demasiado aun para un joven escéptico.

VI

Llegó á su casa sudando aunque hacía bastante frío. Llevaba una doble llave que le daba acceso hasta su habitación.

Abrió la puerta de la calle, mirando por última vez hacia todos lados, y subió á su cuarto en un estado de excitación difícil de expresar.

Todos dormían en la casa. Damián tomó un velón que encendido le dejaban, se cercioró de que el balcón de su cuarto que daba á un patio estaba cerrado, y desnudándose lentamente, se acostó.

No podía conciliar el sueño. Su extraña aventura bullía en su imaginación.

Trascurrió un rato; el joven iba tranquilizándose poco



DESPUÉS DE LA NEVADA, reproducción fotográfica del natural por M. Wilson.

Toledo es la ciudad de los callejones; en aquella época no había alumbrado público, y á hora tan avanzada los habitantes de la ciudad imperial hallábanse recogidos en sus viviendas.

Caminaba, pues, Damián, entre la soledad y entre la

sombra subiendo por la calle de la Catedral. Al trasponer una callejuela, oyó un ruido extraño, semejante al producido por una cadena arrastrando.

Patóse sorprendido, miró hacia atrás; pero en lo que alcanzaba la vista, nada vió.

á poco, cuando de repente volvió á oír el ruido perseguidor, que parecía sonar en el balcón de su cuarto.

Prestó oído atento incorporándose en la cama y entonces ¡oh, prodigio! percibió un rumor como de manos que golpeaban los cristales y gritos estridentes y agudos. Damián, con un postrer esfuerzo de voluntad, dominó su espanto, tomó su pistola y abrió el balcón.

En el balcón no había nadie.

Entonces volvió á cerrarle y se tendió en su cama exclamando:

—¡Será verdad! ¡Hay otras cosas superiores á la naturaleza humana! ¡Voltaire y yo seremos un par de animales!

VII

Al día siguiente se levantó muy temprano, quemó en el hogar de la cocina el *Contrato Social* de Rousseau y el *Cándido* de Voltaire; y en vez de ir á la clase, encaminóse á la Catedral, en la que durante un buen rato, trató de recordar las oraciones que de niño había enseñado su madre.

Después fué á hacer su visita matinal á su prometida.

Esta, que le recibió en el zaguán de su casa, estaba muy preocupada.

—¿Qué tienes? — preguntóla Damián.

— Un disgusto. Oscar se escapó anoche sin duda al salir la tertulia.

—¿Oscar, el mono?

— Sí, y no parece. Papá lo siente mucho.

Damián dejóse caer sobre una silla.

Todo estaba explicado; el alma en pena era el mono de D. Celedonio.

Porque D. Celedonio, como todo indiano que se respeta, tenía un mico y un papagayo.

JAIME MARTÍ-MIQUEL

CLARIDADES PULPITABLES

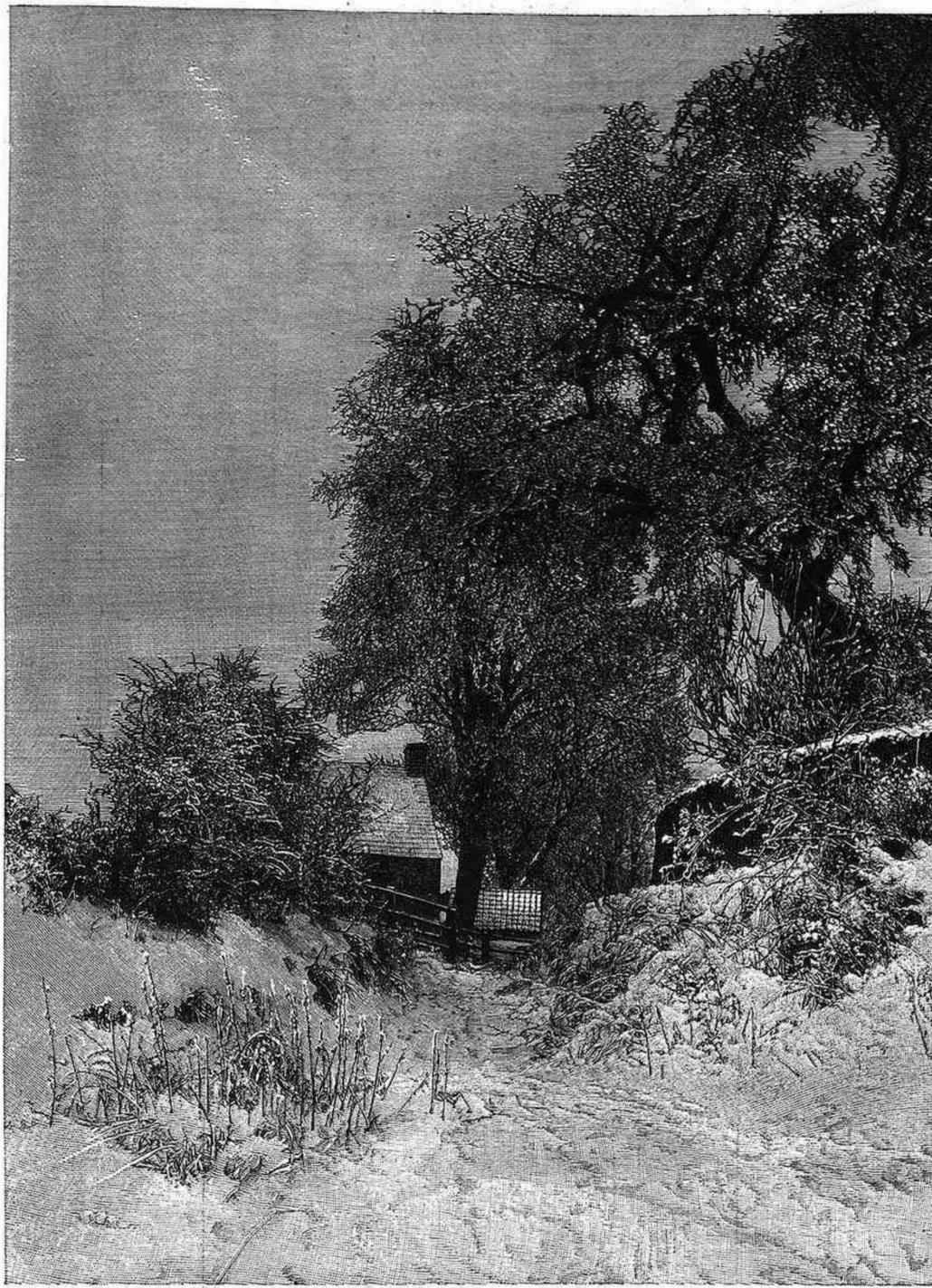
(Conclusión)

Conocida es en general la actitud manifestada por el P. Isla en su invectiva contra los malos predicadores, al escribir su *Fray Gerundio de Campazas*: ¡lástima, que él mismo no hubiera podido sustraerse siempre en sus sermones al pernicioso influjo de los aires tan pestilentes que corrían por aquel entonces en las regiones de la Oratoria sagrada de España, y aún de otros países! Con sobrada razón, pues, aunque sea triste confesarlo, decía Fléchier que se divertía leyendo á la mayor parte de los predicadores italianos y españoles de su época, á los que llamaba *sus bufones*. Sea como quiera, en todos los países del mundo ha padecido eclipses este ramo tan importante de la Literatura; y si bien no hay nación alguna que puede jactarse de ostentar tantos y tan buenos modelos de Oratoria sagrada como Francia, tampoco deja de presentarnos algunos ejemplos, aunque en menor número, dignos, cuando menos, de conmiseración, ya que se trata de asunto tan respetable para poder excitar á risa. Pero volvamos al P. Isla.

El año de 1737 predicó este ilustre jesuita en Santiago de Galicia varias pláticas acerca del 7.º mandamiento de la ley de Dios, y en la 7.ª de ellas dijo, entre otras *claridades*, las siguientes, aludiendo á que «los consentidores, esto es, los electores, los apresenteros, los vocales, los examinadores, y cualesquiera otras personas cuya aprobación, cuyo voto, ó cuyo consentimiento sea necesario para alguna elección ó nombramiento, quedan obligados á la restitución de los daños que ocasionare el indigno á quien promueven, y de los que resultaren al benemérito que excluyen, con tal que con su consentimiento, aprobación ó voto hayan sido causa de esta elección:»

«... fué muy discreto y muy justificado el cargo que hizo á Don Pedro, rey de Castilla, un cortesano. Alcanzaba éste al Rey en gran cantidad de maravedises por una administración que había tenido. Mandáronle presentar las cuentas, y en ellas había esta partida: *Item, me debe el Rey 30.000 maravedís, que injustamente me llevó el Alcalde de Medina*. Tildaron los Contadores Reales esta partida, y añadieron al margen esta nota: *Si el Alcalde lo hurtó, el Alcalde lo pague*. Pero el cortesano la corrigió de esta manera: *Si el Alcalde lo hurtó, páguelo el Rey, que le hizo alcalde.*»

Si de cuantos desafueros, injusticias y tropelías como



EL SILENCIO DE LA NATURALEZA, reproducción fotográfica del natural por M. Wilson.

cometen muchos elegidos se hiciera responsables en su día á todos y cada uno de los electores, menos votos, y aun botas, andarían de mano en mano por esos mundos de Dios. Esto no lo dijo el P. Isla; pero lo digo yo. Lo que sí siguió diciendo algunos párrafos después aquel ilustre literato, es lo que copio á continuación, en donde se verá un cuadro bastante bien trazado de lo que es el *Adulador*.

«Aduladores (dice) son todos aquellos que, precisados á dar su voto, á decir su parecer ó su dictamen, no atienden á Dios y á la conciencia, sino precisamente al gusto y la inclinación, ó al interés del que los consulta. Aduladores son los que no hablan con toda *claridad* y con todo desengaño, á los príncipes, en los gabinetes, á los jueces, en los tribunales, á los auditores, desde los pulpitos, y á las conciencias, en los confesonarios. Aduladores son y perniciosísimos aduladores, los que truecan los nombres á las cosas, dando el título de virtudes á los que son perniciosísimos vicios, los que á la prodigalidad llaman bizarría, á la avaricia, gobierno, á la ambición, generosidad, á la torpeza, cortesanía, á la obstinación, constancia y fortaleza... Aduladores son los que al atrevido le llaman valiente, al vengativo, puntoso, al enredador (ó, como vosotros decís, al *argallador*) (1), ingenioso, al ladrón, sagaz, al caviloso, prudente. Adulador es, en fin, el amigo que, precisado de la verdad, ó de la caridad, disculpa á su amigo de lo que justamente le notan; adulador, el padre que disimula á la mujer ó á los hijos lo que justamente los censuran; adulador, el confesor que con toda claridad no desengaña al penitente de lo que con razón le murmuran, y de lo que absolutamente le conviene.»

Más conforme estoy yo con las anteriores palabras de Isla, que con las que dirigió en Francia al rey el célebre predicador Mascaron cuando le dijo un día desde el púlpito: «Señor, si el respeto que os tengo no me permite decir la verdad sino encubierta, preciso es que con vuestra discreción supláis el arrojito que me falta.» Pero ¿á qué semejante cobardía? á qué exponerse á tener que pronunciar en el gran día de la rendición de cuentas aquello de Isaías: «¡Ay de mí, porque callé! Y si el decir las verdades *claras*, desnudas y sin circunloquios, es género de ilícito comercio en el de la sociedad, supuesto el amargor

(1) Como el orador dirigía la palabra á gallegos, emplea aquí un término propio del dialecto de éstos para ser mejor comprendido. Cuveiro Piñol define al *argallador* por los términos siguientes: «El que habla mucho y sin tino, mintiendo á diestro y siniestro.»

que en sí llevan, ¿qué paraje es el que queda donde puedan decirse?...

Por lo que á nuestra lengua atañe, y por si alguien tuviera reparos en decir *claridades* desde ese lugar sagrado, cese desde luego la perniciosa creencia á que haya podido dar lugar el Diccionario de la Academia con su errónea definición, como hicimos ver á nuestros lectores en un principio; no confundamos lo que es *claridad* con lo que es *fresca*, y mucho menos con lo que es *desvergüenza*; en suma, conste que, siendo *claridad* sinónimo riguroso de *verdad*, en la acepción que fundamentalmente le reconoce nuestra Academia á este último término cuando dice que es «expresión *clara*, sin rebozo ni lisonja, con que á uno se le corrige ó reprende, y que se usa frecuentemente en plural,» debe desaparecer desde luego, del vocablo que nos ocupa, toda nota desfavorable ó injuriosa en cierta manera.

Y antes de acabar, permítaseme que dé la última brochada á este tosco cuadro.

Si bien no debemos confundir lo que es *claridad* con lo que es *fresca*, y mucho menos con lo que es *desvergüenza*, tampoco debemos confundirla con lo que podríamos llamar *inconveniencia*, por cuanto no sería *conveniente* ó *decente* el tratar ciertos asuntos, ó el tratarlos de cierta manera menos respetuosa, aun cuando intrínsecamente buenos, en la cátedra del Espíritu Santo. Dos ejemplos me saldrán fiadores del principio que acabo de sentar.

En una obra que se imprimió en Alcalá de Henares el año de 1592, cuyo título es *Lugares comunes, etc., de gran utilidad para todos los estados, especial para Predicadores, Curas y Prelados*, su autor Fr. Francisco Ortiz Luzio, predicador de la Provincia de Castilla, de la Observancia de San Francisco, se lee al folio

172 lo siguiente:

«Antiguamente los sacó de Egipto (á los hombres), y los llevó al desierto, y los sentó á su mesa, y les dió manjar de ángeles; y fué tal el gusto que allí recibieron, que cuando la Escritura quería dar á entender un consuelo grande, decía que había de ser el del desierto, donde les dió el maná... en desierto donde no había molinos, ni qué moler, ni agua. Y, qué consuelo hubo allí? No lo recibió el pueblo jamás como entonces, que tuvo agua de la piedra, dulce como almíbar, y pan celestial que sabía á todo lo que deseaban. Tenía un hombre deseo de comer guindas de Egipto, que deseaba, y perdices, y sabía á guindas y á perdices, y decía: ¿Qué es esto que sabe á perdiz, y no es perdiz? Y dijo Moisés que era pan de ángeles; porque los justos como Moisés saben bien los dones de Dios. ¡Oh! que es pan del cielo, hecho á la condición del cielo, una representación del cielo, y de lo que los ángeles comen. ¿Qué cosa es cielo? Que allí tenéis todo lo que deseáis. ¿Sois amigo de comer un pavo? Pues ese gusto ternéis, viendo á Dios, y más perfecto. Ese es cielo, y no hay más cielo; y por eso dice que tenía todo deleite en sí mismo, etc.»

Veamos el otro ejemplo.

En cierto discurso predicado en las Honras de Cervantes pocos años há, y que anda en letras de molde, se dijo á vueltas de otras cuantas inocentadas, que «Todavía anda en manos de los literatos un célebre poema de gran mérito en la versificación y en su artificio, en el cual una mujer medio casta y medio disipada anda por los aires en su hipogrifo, y un hombre enloquecido arranca pinos de cien años cual si fueran espárragos, y los parte con su hoja de acero cual si fueran requesón.» La trivialidad de estos dos términos de comparación no puede menos de causar náuseas á cualquier persona que tenga el paladar un si es no es delicado en achaque de gusto literario.

No veríamos el fin á estos apuntes, si fuéramos á traer aquí á colación cuantos pasajes de este género tenemos á la vista, incluso uno de San Vicente Ferrer sobre el débito conyugal que se lee en su sermón del Bautista, y en el cual resalta el realismo más puro en todo su esplendor: ignoro si la candidez ó buena fe que al pueblo se le atribuye en aquella época podría soportar *claridades* tan desnudas en el púlpito; lo que sí sé es, que la malicia de hoy no permite que se pronuncien en tan sagrado lugar,

JOSÉ MARÍA SBARBI

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN